

Transcripción de la conferencia

ENCRUCIJADAS DE LA TEOLOGÍA MORAL A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

Pronunciada por el Profesor José-Román Flecha Andrés

Aula de Teología
15 de Enero de 2008

Estimados amigos:

Como se puede ver en el esquema que ha sido distribuido, comienza esta reflexión con unas palabras del Papa Benedicto XVI, que corresponden a un discurso dirigido a los obispos de Suiza.

En este discurso, el Papa dice que la situación moral de nuestro mundo es muy curiosa, ya que, nunca como ahora, los católicos e incluso los no católicos, han aplaudido tanto la moral cristiana, en lo que se refiere a la condena de la violencia, a la promoción de la justicia, a la promoción del cuidado del Medio Ambiente, a la lucha contra la contaminación... Sin embargo, cuando la Iglesia Católica habla de la vida naciente, enferma, moriente, de la sexualidad o del matrimonio, los no católicos, e incluso los católicos, no quieren ni oír hablar de ello.

Da la impresión de que en el ámbito de la Moral hemos hecho una división y queremos oír hablar del séptimo mandamiento, pero del quinto y el sexto no queremos saber nada. Y no hablemos del octavo mandamiento, que se refiere a la mentira y la verdad. Hemos caído en unos reduccionismos sorprendentes. He aquí las palabras del Papa

: “Tenemos los cristianos una gran tarea por delante: por una parte, no presentar el cristianismo como un simple moralismo, -“tienes que hacer”- sino como un don en el que se nos ha dado el amor que nos sostiene y nos proporciona la fuerza necesaria para saber “perder la propia vida”; y, por otra, en este contexto de amor donado, progresar también hacia las realizaciones concretas, las cuales siempre tienen como fundamento el decálogo que, con Cristo y con la Iglesia, debemos leer en este tiempo de modo progresivo y nuevo”.

Me permito comentar brevemente este texto. Dice el Papa que hay que “presentar el cristianismo como un don”. Esto es precioso. Tengo un alumno alemán y, cuando me dirijo a él, juego con las palabras: *Gabe y Aufgabe* -don y tarea-. La fe cristiana es don, es regalo, es dádiva y, por tanto, gratitud y contemplación, antes de convertirse en tarea u obligación. Al referirse a la renovación de la Teología Moral, el Concilio Vaticano II, jugaba ya con las palabras *vocación y obligación* (cf. OT 16). Más importante que la obligación es la vocación, como respuesta a un don y a una llamada.

Después añade el Papa: *“en ese contexto de amor donado, progresar hacia las realizaciones concretas”*. Es decir, es preciso actuar donando ese amor que nos ha sido

dado; si Dios nos ha amado, ese amor se nos ha dado para que lo entreguemos. Gillemán decía hace muchos años, en una obra titulada “La primacía de la caridad”, que *toda la moral cristiana no es otra cosa que la actuación concreta del amor*. En verdad, el autor copiaba a San Pablo, para quien el no matar, no robar y no mentir son realizaciones concretas del gran precepto del amor.

Y finalmente añade el Papa: *“las cuales siempre tienen como fundamento el decálogo que, con Cristo y la Iglesia, debemos leer aquí y ahora, en este tiempo y de modo progresivo y nuevo”*. Eso mismo habían hecho ya los profetas de Israel, que habían leído el Decálogo de Moisés, de acuerdo con las situaciones concretas de cada momento.

En una de mis apariciones en TV me preguntaron cómo podíamos hacer moral sobre la fecundación in vitro, la maternidad subrogada, los úteros de alquiler... si eso no figura en el Decálogo. ¿Y quién dice que no? La reflexión práctica, de nuestros hermanos judíos y la nuestra, ha tratado de ver cómo, en tan pocos preceptos, que reflejan otros tantos valores éticos, podían encontrarse situaciones históricas, coyunturales, muy concretas, que se iban a desarrollar a lo largo de los tiempos.

Lo mejor que podemos hacer hoy es ser fieles a la transmisión de los valores éticos que se encuentran reflejados en la tradición judeo-cristiana y, al mismo tiempo, estar muy atentos a las situaciones concretas actuales, para ver cómo se aplican. Karl Barth -un teólogo evangélico de Basilea, Suiza- decía, a propósito del predicador, y también a propósito del profesor de moral, que *“tenía que subir al púlpito, o a la tribuna de catedrático, teniendo en una mano la Biblia y en la otra el periódico”*. Ése es el programa: fidelidad y fantasía; fidelidad y creatividad, atención a la voz de Dios y atención a las demandas de nuestro siglo, de nuestro momento y de nuestra circunstancia concreta.

Tras esta introducción, voy a dividir esta breve charla en tres partes: En la primera trataré dos puntos referidos a *“Moral pública y privada”*. En la segunda, siete puntos sobre *“Algunos síntomas de la crisis”*. Y en la tercera, tres puntos acerca de *“Una llamada a la responsabilidad”* Si bien se mira, es casi el esquema de una catequesis; un ver, un juzgar y un actuar. ¿Cómo está la situación? ¿Cuáles son los puntos importantes de reflexión sobre la misma? y ¿Qué podemos hacer?, es decir, ¿Cuáles son las tareas más importantes que nos esperan?

1.- MORAL PÚBLICA Y PRIVADA

Comienzo con una frase del profesor Gustavo Villapalos: *“Jamás se despreció tanto la ética y jamás, sin embargo, se habló tanto de ella”*.

Hablamos de ética a todas horas, y la necesitamos continuamente. En el último número de la revista *Vida Nueva*, se nos dice que, actualmente, las preocupaciones que tenemos entre manos son, fundamentalmente, éticas y que, en realidad, todos los puntos que están en discusión entre la Iglesia y el Gobierno son de tipo moral: la constitución de la familia, los matrimonios homosexuales, los principios de Educación para la Ciudadanía, las cuestiones relativas al aborto.

Algo parecido comenta en las páginas siguientes donde habla de la ofrenda que presentó el Alcalde de Santiago de Compostela al Apóstol, en la Catedral, a la que contestó el Arzobispo D. Julián Barrio. Cinco de los seis temas que se citaron en dicha ofrenda, eran temas morales: el terrorismo de ETA, la violencia de género y contra los menores, las muertes en la carretera, la contaminación del Medio Ambiente, el fenómeno de las migraciones.

Por tanto, no somos justos cuando decimos que la moral no tiene ninguna importancia, que a nadie le preocupa la ética, ya que, de uno u otro modo, aparece todos los días en la prensa y en cualquier acto social y público.

En un precioso discurso que el Papa ha dirigido a los representantes diplomáticos de los 176 países que tienen embajadores o representación en el Vaticano, y que fueron recibidos hace unos días en la sala regia del Palacio Apostólico, habló de diversos temas como la crisis de Darfour, el problema de Palestina, la lucha entre palestinos e israelíes. Junto a ellos, recordó también la necesidad de defender la vida, y la necesidad de establecer un diálogo entre investigadores, científicos y bioéticos ante los modernos descubrimientos sobre las células madre. Las nuevas fronteras de la bioética no imponen una elección entre la ciencia y la moral, sino que más bien exigen un uso moral de la ciencia. Es necesario que nos demos cuenta de la necesidad de la ética, también en este campo de la investigación biotecnológica.

Ayer celebramos en Salamanca la reunión del Comité de Ética del Banco Nacional del ADN, del cual formo parte. Además de los científicos que promueven el proyecto de investigación, soy el único sacerdote y el único profesor de Salamanca, junto a otros de la Universidad Complutense, Deusto, Barcelona, Filadelfia (EEUU), Inglaterra. En una Comisión de este tipo, no se puede optar por ciencia o ética, sino que hay que optar por un uso ético de la ciencia, con el fin de prevenir terribles desastres.

En diciembre pasado, la Asamblea General de las Naciones Unidas ha adoptado una resolución por la que se llama a los Estados miembros a instituir una moratoria en la aplicación de la pena de muerte; es decir, no dar muerte a las personas culpables. El Papa apoya esta defensa del carácter sagrado de la vida humana, incluso el de las personas que han cometido delitos. Así que mucho más, o *a fortiori*, habrá que defender el carácter sagrado de la vida de las personas inocentes. Es decir, si las Naciones Unidas han pronunciado una declaración de tan inmenso valor como es el respeto a la vida humana, la sacralidad de la vida humana, incluso de los delincuentes, tenemos que sacar las conclusiones para defender la vida humana de toda persona.

Sin embargo, nos damos cuenta de que, en nuestro propio país y en medio mundo, se han separado, con bastante cinismo, las responsabilidades atribuidas a la moral privada de las atribuidas a la moral pública. ¿Cuál es la imagen pública y cuál es la privada? ¿Qué puede hacer una persona en el ámbito privado y qué puede hacer en el público?

1.1. *La moralidad pública:*

Por lo que se refiere a la moralidad pública, parecen haberse embotado los criterios de discernimiento sobre el bien y el mal.

Así vemos que, en muchos casos, la moralidad “privada” va por un camino mientras que la “pública” sigue derroteros completamente dispares; personas que mientras en su vida privada son buenos vecinos y miembros de la comunidad, buenos esposos y buenos padres, en su vida pública parecen no tener freno; es decir, parece que tanto en lo económico, como en lo político, como en lo administrativo, se puede uno comportar de cualquier forma.

Como consecuencia puede darse una esquizofrenia escandalosa; y lo peor de todo es que, con frecuencia, la sociedad ni reacciona ni se escandaliza.

Voy a detenerme un momento sobre el tema del escándalo. En una ocasión participé en una Mesa Redonda, en la Universidad de Salamanca, cuando se trataba de sacar del Código Penal la figura del escándalo. Aludiendo a un artículo precioso del teólogo alemán Waldemar Molinski, recordé que el escándalo es una especie de sonido de alarma cuando alguien entra en el patio de nuestros valores éticos. El escándalo significa que alguien ha entrado sin permiso en mi intimidad. Me siento escandalizado cuando los valores que yo creo fundamentales para mi vida personal, son ridiculizados y pisoteados. Por tanto, el escándalo no es algo malo, sino señal de que todavía nos funcionan las alarmas y que, por tanto, todavía tenemos dignidad, auto-respeto y una capacidad para elegir los valores por los cuales queremos vivir. Cuando una persona o una sociedad no se escandalizan de nada ocurre algo terrible. Eso significa que no tienen valores apreciables y, por lo tanto, no sienten que los demás se los pisoteen.

Yo creo que una de las primeras encrucijadas que se nos ofrecen a principios del siglo XXI, en lo que se refiere a la moral pública, consiste precisamente en la pregunta si de verdad tenemos nos funcionan estas señales de alarma para defender la moralidad ciudadana.

1.2. *Instituciones normativas o coercitivas.*

Hay otra encrucijada muy seria. Como saben los especialistas en Filosofía, durante mucho tiempo se entendía que la verdad, la bondad y la belleza eran las grandes propiedades del ser. O, dicho de otra forma, que las cosas son verdaderas aunque yo esté mal informado o dude; que hay cosas que son buenas, aunque yo tenga mala voluntad; y que hay cosas que son bellas, aunque yo tenga mal gusto. Se entendía, por tanto, que la verdad, la bondad y la belleza, eran objetivas.

Pero con la modernidad, y desde Descartes para acá, más que considerar el objeto consideramos el sujeto: el yo interesa más que el ser; con lo cual, aquellas propiedades del ser, la verdad, la bondad y la belleza, se han hecho subjetivas. Nuestro mundo habla poco de la verdad; habla de la certeza un poco más. No habla de la bondad, sino de la apreciación o de la estimación. Y no habla de la belleza, sino que habla del gusto: “*aunque esto sea feo, a mí me gusta*”.

Nos damos cuenta de que, en el campo de la ética, no se admiten hoy valoraciones objetivas. Es muy difícil decir a alguien que una acción es inmoral objetivamente y es muy difícil que te lo admita. Al perder objetividad, dado que las sociedades tienen que funcionar de todas formas, lo que han hecho es intentar apuntalar la verdad, la bondad, la belleza, y sobre todo la bondad, con leyes. Con lo cual, primero en las Dictaduras y después en las Democracias, hemos caído en la trampa de pensar que lo bueno es lo legal; que porque las leyes hayan permitido una determinada acción, esa acción es buena.

Por ejemplo, en el Gobierno de Adolfo Suárez se despenalizó en España el adulterio. El hecho de que esté despenalizado quiere decir que no es delito, que no llevan a una persona a la cárcel por engañar al cónyuge; pero no quiere decir que sea un bien y tampoco que sea un derecho. El mismo esquema serviría –al menos yo lo creo así– para hablar del “derecho al aborto”.

Por tanto, nuestras instituciones normativas o coercitivas, se han fijado sobre todo en el valor de la ley para transmitirnos valores. *“Yo no tengo conciencia, mi conciencia es Adolfo Hitler”*, dijo Goering en una entrevista que concedió al Presidente del Senado de la ciudad libre de Danzig. Claro está que su jefe, el mismo Hitler, había dicho que *“había venido a liberar al hombre de la conciencia, porque la conciencia tiene que estar sometida a las leyes y las leyes las damos nosotros”*. Estas palabras han sido citadas alguna vez por Joseph Ratzinger, en el contexto de una defensa del valor de la conciencia y del valor del derecho natural.

En consecuencia, una de las encrucijadas más serias de la ética y de la teología moral en este momento, es precisamente el ver que las Instituciones normativas o coercitivas se hacen depender solamente de las leyes positivas.

Este discurso a favor de la majestad de la ley natural no es meramente cristiano. Recordemos la figura de Antígona, hija de Edipo -reflejada maravillosamente en la obra del mismo nombre, de Sófocles-. Antígona pide a su hermana Ismene que la acompañe a dar sepultura a su hermano proscrito por el tirano Creonte. Cuando está realizando esta piadosa acción, es sorprendida por los guardias, que la detienen y la llevan ante el rey. Éste la recrimina por haber desobedecido sus decretos. Antígona responde con valentía que antes de las leyes del rey hay otras más venerables que no han sido dictadas por los hombres.

Es evidente que, antes del cristianismo y fuera del cristianismo, muchos hombres y mujeres han descubierto que las Instituciones normativas o coercitivas no pueden ser meramente externas al ser humano y no pueden identificarse con las leyes positivas.

2.- ALGUNOS SÍNTOMAS DE LA CRISIS

Hablamos aquí de crisis moral, al menos por lo que se refiere a la llamada cultura occidental. Hemos de reconocer con humildad que hay otros pueblos y otras culturas, lejanas y cercanas, que nos resultan bastante desconocidas.

Pues bien, la crisis de la moral occidental se refleja en algunos síntomas que he reducido a un heptálogo un tanto provisional.

2.1. *La sustancia y la forma*

Quizás habría que decirlo con términos menos escolásticos, pero se percibe por doquier una priorización de lo accidental y ornamental sobre lo sustantivo y estructural. Aunque es verdad lo que dicen los periodistas que “*el medio es el mensaje*”, además del mensaje hay que tener en cuenta el contenido.

Nuestra sociedad ha privilegiado la estética sobre la ética, lo cual ha sido denunciado muchas veces por algunos estudiosos de la modernidad, y sobre todo de la posmodernidad, como Lyotard, Vattimo, y nada menos que Hans Küng. Todos ellos nos advierten que *nos encontramos en una situación en que la técnica puede conseguir casi todo menos el hallazgo del sentido del todo.*

Circula por ahí una especie de parábola alarmante. El Comandante de un avión se dirige a los pasajeros para comunicarles dos cosas, una agradable y otra un poco menos. *La agradable, les dice, es que volamos en el avión comercial más rápido del mundo; acabamos de pasar tres veces la velocidad del sonido; la azafata les va a pasar champán para celebrarlo... Y la mala noticia es que desde hace 200 millas aéreas vemos que se nos han averiado los instrumentos de la navegación aérea...* Puede pasarnos a nosotros también, que viajamos más rápido que nadie pero no sabemos a dónde vamos... Es más, no falta quien diga que la misma pregunta por el sentido no tiene sentido, es decir que no tiene sentido preguntarse a dónde vamos... ¿Por qué tenemos que ir parte alguna? ¡Disfrutemos y gustemos del champán, pero no nos hagamos preguntas!

Por tanto, parece que una de las causas de nuestra crisis ética es precisamente la de haber subrayado más la forma que la sustancia; más el envoltorio del paquete de Reyes que el contenido del regalo; más la apariencia y la belleza que el mismo sentido último.

Benedicto XVI, en su segunda Encíclica nos dice, citando unas palabras de la Carta a los Hebreos, que nuestra esperanza se fundamenta en la sustancia, no en la apariencia y que por la sustancia hemos de estar dispuestos a dejar la apariencia, lo cual es la raíz del martirio y de la seriedad ética. Los mártires lo son porque se han quedado con la sustancia y han sido capaces de prescindir de la forma.

2.2. *Para qué y por qué*

Un mundo tecnificado necesita marcarse a sí mismo metas prospectivas y revisar a su luz los logros conseguidos en cada etapa. En la encíclica que acabo de citar, *Spe Salvi* –Salvados en la esperanza– se nos dice que el progreso técnico es medible, aumentable, mensurable, pero el progreso ético no. Cada etapa, aun apoyándose en los valores descubiertos en la etapa anterior, tiene que volver a redescubrirlos siempre.

Por tanto, en ética estamos siempre naciendo, creciendo y, a lo peor, muriendo. Un mundo tecnificado es un mundo en el que nos preguntan ¿para qué sirven las cosas?, pero quizás no nos preguntan ¿por qué están ahí las cosas? Y

sobre todo, no nos preguntan ¿qué son las cosas? Nos preguntan cómo funcionan, pero no qué sentido tienen. San Agustín, jugando con las palabras, distinguía entre el *uti* y el *frui* –usar y disfrutar-; decía que hay cosas que usamos y cosas de las que disfrutamos; es decir, hay cosas que nos hacen felices, mientras que no todas las que usamos nos hacen felices. En un mundo semejante se corre el peligro de reducirlo todo –también el amor y el dolor, la vida y la muerte- al rango de los útiles de producción y de consumo. Lo realmente dramático ocurre cuando las grandes vivencias y morencias se justifican únicamente en razón de los beneficios que se pueden producir, en razón del *uti* y no del *frui*, en razón de las metas intermedias y no de las metas últimas.

Joseph Ratzinger, cuando era Cardenal y teólogo decía que *“uno de los dramas de este mundo nuestro es precisamente el adormecer nuestra propia conciencia sin escuchar la voz de Dios, convenciéndonos a nosotros mismos de que lo que hacemos está bien.”*

“Eso es adormecernos, y el adormecerse, como la droga, le da a uno un sueñecito tranquilo, pero cuando se despierta, se encuentra en los más absolutos senderos de la soledad”

Entre tanto, se olvida la pregunta por las causas y, sobre todo, la pregunta por el sentido. No hay respuesta para la pregunta ¿para qué sirve la mano de obra extranjera o la acogida a los emigrantes? si al mismo tiempo no se plantea la pregunta por el por qué de la emigración y por el sentido de la diversidad y la fraternidad entre los pueblos. El Papa, en el mensaje para la Jornada Mundial de la Emigración que se celebrará este próximo domingo, pregunta: *“¿Alguien está pensando en los jóvenes desarraigados, traídos a Europa por la inmigración? ¿Ha pensado en lo que significa de desarraigo de sus familias, de apertura a la criminalidad, de nuevas esclavizaciones, de utilización de tantos jóvenes inmigrantes, emigrantes, en el mundo?”*

2.3. *Quién o qué*

El fenómeno no es nuevo. Es propio de todos esos momentos históricos en que la predicación sustituye al raciocinio y la ideología a la lógica. También en este momento se presta más atención al autor de una afirmación que a la afirmación misma; más atención a la persona, al grupo social o a la institución pública que ha formulado una manifestación o una proclama, que a la verdad o al sentido de la misma manifestación.

¿Importa el quién o el qué? ¿La verdad o quién la haya dicho? *“Mi amigo es Platón, pero más amiga es la verdad”* decía el gran filósofo pagano Aristóteles. En nuestra sociedad se apela al valor mismo del pluralismo como elemento enriquecedor de la convivencia pero, en la práctica, se niega toda legitimidad a las opiniones plurales si resultan contrastantes o críticas con relación a las nuestras. En el comportamiento público, tanto social como político, se absolutizan desmedidamente las diferencias y se alimenta la intolerancia ante la diversidad.

En una sociedad plural y pluralista -multi-étnica, multi-racial, multi-religiosa- hemos de descubrir que, como en los grandes mosaicos de las basílicas romanas, el dibujo está hecho por teselas, piedrecitas innumerables de numerosos colores. La verdad es sinfónica, y no la forma sólo el primer violín, sino también el joven de

atrás que se levanta para tocar los platillos y se sienta satisfecho hasta que le toca el compás del nuevo platillo.

2.4. *La inmediatez y la permanencia*

Si en algo han tenido razón los analistas de este fenómeno que, con más o menos fortuna, ha dado en llamarse la posmodernidad, es tal vez en la percepción del valor que para nuestra sociedad ha adquirido la inmediatez a costa de la permanencia.

El lema que aparece en la película *“El Club de los Poetas muertos”* es *Carpe Diem*, agárrate al día, vive el hoy y olvida el mañana. Por cierto, en un pub que hay junto al ábside de la catedral de Lugo, he visto una pintada curiosísima: en lugar de decir *Carpe Diem* –agárrate al día-, dice *Carpe Noctem* –agárrate a la noche-. Ya es la posmodernidad más sofisticada.

Los obispos de las diócesis Vascas más Navarra, que publican sus cartas pastorales juntos, dedicaron hace años una, muy interesante, al fenómeno de la droga en el mundo juvenil. En ella hay un párrafo que yo atribuyo al actual obispo de San Sebastián y excelente psicólogo, D. Juan M^a Uriarte, en el que viene a decir que “la diferencia entre el niño y el adulto es que el niño lo quiere todo ¡aquí y ahora! y si no coge un berrinche, mientras que el adulto es capaz de esperar, al menos, a la terminación de una charla para tomarse una cervecita.”

Es decir, somos tanto más niños cuantos menos plazos interponemos entre la aparición del deseo y su eventual satisfacción. Y, por el contrario, somos tanto más adultos cuantos más espacios seamos capaces de colocar entre la aparición del deseo, su elaboración y su satisfacción.

La sociedad actual nos infantiliza haciéndonos depender de la inmediatez, por lo que no es extraño que caigamos en la dictadura de la droga que nos ofrece la falsa seguridad de la consecución inmediata de sus placeres, o de las otras drogas que nos deshumanizan y hacen que seamos infantiles en una sociedad infantil y adolescente, incapacitada para superar los límites de la contemporaneidad. Un ejemplo de este infantilismo contemporáneo lo encontramos en el expolio de la naturaleza, el desastre del Medio Ambiente, que sólo ve lo inmediato y trata de conseguir los huevos de oro matando a la gallina, sin ver las consecuencias para el futuro. Es ésta una manera de decir como De Gaulle: *“Después de mí, el diluvio”*.

2.5. *El éxito sobre el esfuerzo*

Otra dialéctica muy cercana a la anterior es la tentación, individual y colectiva, de primar el éxito sobre el esfuerzo; el logro mismo al margen de la licitud de los medios empleados. Evidentemente, no se trata aquí de reivindicar un valor absoluto para todo esfuerzo, pero sí se pretende denunciar un neo-maquiavelismo más rastrero que el del propio Maquiavelo, empeñado en colocar sobre el pedestal los comportamientos exitosos, con independencia de los medios empleados para la consecución del fin propuesto. Seguimos pensando que cualquier fin justifica cualquier medio, tanto en el terrorismo como en el

enriquecimiento, en el ladrillazo y en la construcción. Por cierto, un párroco de América que vino a verme el año pasado se quedó asombrado porque sólo veía en España, por todas partes, grúas y más grúas.

Alguien tan poco sospechoso de desconocer el tema ético como fue el profesor López Aranguren, fallecido hace varios años, denunciaba algunas de estas desviaciones que incluyen la religión privatizada y hasta “invisible” (Luckmann) y la religión civil, que viene a significar con frecuencia una especie de “*religación no tanto a Dios como a la Humanidad o, lo que es peor, alienada a despersonalizadoras sectas*”.

Hemos caído en la adoración a los nuevos ídolos que denunciaba Bonhoeffer, los ídolos del éxito inmediato.

2.6. *Dualismo o integración*

En realidad, es la pregunta por el ser humano lo que está en juego en el momento actual.

Evidentemente, el ser humano es algo muy grande, tanto que no lo abarcamos totalmente. Nos pasa como a aquellos ciegos que, según cuenta una fábula india, fueron al zoológico y, ante la pregunta posterior de ¿cómo era el elefante?, cada uno lo describía de acuerdo con lo que había tocado: la trompa, la pata, la panza. Con frecuencia, nosotros también troceamos al ser humano.

Unas veces lo reducimos a puro espíritu y lo animalizamos porque, como decía Pascal, “*quien hace de ángel termina haciendo de bestia*”. Pero otras lo reducimos a pura materialidad -células, fluidos- con lo que damos a entender que, si sólo es un conglomerado de células, puede ser incluso eliminado. Reducir al hombre a sus componentes puede facilitar, no sólo su comprensión, sino también su manipulación.

Este dualismo puede ser ontológico, al considerar al ser humano o bien como sólo espíritu o bien como sólo cuerpo. Otras veces es social, al tratar de establecer una contradicción entre el individuo y el grupo. En eso consistió fundamentalmente la división que se agudizó durante la guerra fría: los países del Este privilegiaron al grupo y los países occidentales, con su liberalismo feroz, privilegiaron a la persona.

Nos encontramos hoy ante un reduccionismo que podríamos llamar existencial o de sentido. Se elimina del ámbito de lo humano la tendencia y la búsqueda de todo tipo de trascendencia; se ha reinterpretado al ser humano y las consecuencias éticas son evidentes.

2.7. *Individuo y comunidad*

El mundo antiguo vivió durante muchos siglos según los esquemas de la responsabilidad colectiva; todos, en el clan, la tribu o en la *polis*, se sentían responsables de las acciones, buenas o malas, de todos sus parientes o convecinos. Los persas privilegiaban sobre todo al grupo y a la sociedad pero en la batalla de Salamina perdieron la guerra contra los griegos. Ganó el occidente. El *logos* se

impuso al *mito*. Frente al grupo ganó la persona y la individualidad. No es algo totalmente negativo, pero según el psicoanalista norteamericano Karl Menninger, “*a la responsabilidad colectiva y a la responsabilidad individual, habría sucedido con los siglos una asombrosa irresponsabilidad colectiva*”.

En la obra de Lope de Vega, Fuenteovejuna, al juez que pregunta: “*¿Quién mató al Comendador?*”, el pueblo unido responde: “*Fuenteovejuna, Señor*”. Posiblemente hoy la respuesta sería: “se murió él solo...” En nuestro mundo, en efecto, se reconoce la existencia del mal, pero nadie es responsable de él. En la sociedad en la que vivimos, una salida frente a la irresponsabilidad es el fatalismo, “*no podemos hacer nada...*”, “*que sea lo que los hados quieran...*” Y la otra salida es la agresividad: una gran parte de la agresividad de nuestro mundo se debe a la irresponsabilidad colectiva.

Sólo el reconocimiento de la propia responsabilidad es liberador. La fe cristiana sabe y confiesa que ese primer paso para la petición del perdón, lejos de ser alienante, es el camino para la salvación integral de la persona y de su mundo.

3.- UNA LLAMADA A LA RESPONSABILIDAD

Estas consideraciones en modo alguno pretenden ofrecer nuevo alimento al pesimismo, ni un nuevo motivo para la memoria y alabanza desmedida del tiempo pasado. Todas las culturas y todas las épocas históricas se han tenido que ver alguna vez enfrentadas con semejantes dilemas éticos. Y sólo tras un lento proceso de reflexión, o tras costosos y dramáticos conflictos, han logrado una cierta estabilidad.

También en este momento, nuestra sociedad está llamada a repensar osada y sinceramente sus propios esquemas de valores. Los que dice haber recibido de épocas anteriores; los que ha ido articulando y jerarquizando según sus propias decisiones, más o menos conscientes; los que pretende darse a sí misma y a la nueva sociedad en la que habrá de trascenderse a lo largo del tiempo.

Tal repensamiento nos exigirá, por una parte volver, una vez más, sobre el debatido tema de la fundamentación de la ética en una sociedad civil, y nos convocará a considerar de nuevo la responsabilidad que compete a los cristianos en la articulación y humanización de esta sociedad.

3.1. La fundamentación de la ética

Los medios de comunicación nos han dado cuenta de la asamblea que numerosos grupos religiosos celebraron hace un tiempo en Chicago, con el intento de establecer los mínimos indispensables para un proyecto de Ética Mundial. El intento, preparado ya por las reflexiones de conocidos pensadores, es laudable y merece todo tipo de apoyos. Perdida la ingenuidad de una fundamentación “*naturalista*”, unívoca e indiscutible, pretendidamente inmune a la cambiante y plural interpretación de las mediaciones, la sociedad ha de preguntarse

necesariamente por la fundamentación de las calificaciones del bien y del mal. También ocurre en nuestra sociedad.

Entre nosotros esta cuestión de la fundamentación de los juicios éticos, y más en concreto de la fundamentación del deber moral, ha venido mezclada con otras dos cuestiones a la vez teóricas y prácticas, como la de la relación entre la ética civil y la ética religiosa, y la de la relación entre el ámbito legal y el ámbito moral. Por lo que se refiere al primero, parece haber llegado ya a casi todos los ambientes, incluidos los más populares, la convicción de que la moralidad pertenece a un estado previo al de la confesión religiosa. No ha sido fácil ir aceptando pacíficamente esta afirmación; durante demasiado tiempo las normas de moralidad venían entre nosotros dictadas por la fe religiosa y sus legítimos maestros.

No se puede fundamentar la ética únicamente en las leyes; tampoco en el sentir de las mayorías, ni en el puro intuicionismo psicológico individual, bienpensante y narcisista; seguramente hay que fundamentarla en el mismo ser del hombre. Juan Pablo II hablaba siempre de “la verdad que hay en el hombre”. Hay que preguntarse si el fundamento de la ética no es precisamente lo que somos.

Quizás se puede llamar ley natural, como lo ha llamado de nuevo Benedicto XVI en discursos recientes. Es verdad que este concepto goza de un malvado desdén en Occidente, posiblemente desde los tiempos de Pufendorf. Pero un grupo de filósofos –no teólogos- suizos, hace pocos años decía que la ley natural, guste o no, está volviendo por tres caminos:

1 - El de la defensa de los Derechos Humanos, proclamados hace 60 años, el 10 de Diciembre de 1948, derechos que no tiene la persona porque se los conceda un gobierno, ni las leyes, una Iglesia o una determinada religión, sino que son anteriores e inherentes a la persona.

2 - El concepto de ley natural como fundamentación ética se encuentra también hoy en el concepto de la Ecología y en la reivindicación del derecho a un medio ambiente más “natural”, aunque la conferencia de Bali haya sido un desastre camuflado.

3 - El del campo de la Biotecnología, en el cual estoy tan inmerso actualmente por la necesidad de pensar los esquemas de la Bioética. Mucha gente se pregunta si se puede hacer todo lo que podemos hacer en biotecnología o si estaremos jugando a Frankenstein o aprendices de brujo.

En consecuencia, creo que una de las encrucijadas de la ética moderna y de la teología moral católica es precisamente la búsqueda de este fundamento en la ley natural. El mes de junio dirigí un Seminario en Salamanca, y unos compañeros mostraron su cierta insatisfacción por volver a este término de la ley natural, ya que no goza actualmente de prestigio. Yo me limité a decirles que los modernos mártires de hoy, por ejemplo Monseñor Oscar Romero y los mártires jesuitas de la UCA, no han sido asesinados por defender la fe, sino por defender los Derechos Humanos, por defender una fundamentación natural y racional de la dignidad

humana, por defender una ética ecuménica, válida para cristianos, musulmanes, budistas, ortodoxos y no creyentes.

El gran desafío en el momento actual es el descubrimiento racional del ser y del deber para que podamos dialogar. Es éste un desafío que se dirige a todos los hombres y mujeres, creyentes y no creyentes.

3.2. *La responsabilidad de los cristianos*

Con todo, creo que en un Aula de Teología es bueno recordar que los cristianos tenemos algunas responsabilidades inexcusables, como el anuncio de los valores, de un *ethos*, de una teología moral, de unos comportamientos que no siempre coinciden con lo políticamente correcto.

*“El problema de la corrupción moral no se limita a algunas actuaciones de hombres políticos o de personas implicadas en los negocios, como habitualmente se cree. El drama se hace más agudo cuando son los ciudadanos, corrientes y anónimos, los que han hecho de la inmoralidad su hogar y su norma: los que solicitan influencias, los que se han olvidado la seriedad de la profesionalidad, los que buscan ganancias fáciles, los que han abandonado las virtudes públicas fundamentales”.*¹

Por tanto, los cristianos, antes de anatematizar la inmoralidad de esta sociedad, harían bien en preguntarse por su parte alícuota de culpa en el desfonde ético de su propio pueblo.

Me gusta imaginar nuestro papel en el mundo evocando unas hermosas palabras de Pablo VI:

*Imaginemos un grupo de personas que dentro de la comunidad humana donde viven manifiestan una capacidad de comprensión y de aceptación no comunes; una comunión de vida y de destino con los demás; una solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y de bueno. Supongamos además que irradian de forma espontánea y sencilla su fe en unos valores que van más allá de los valores corrientes, y que testimonian una esperanza en algo que no se ve, ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse interrogantes a quienes contemplan su vida: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esta manera? ¿Por qué están con nosotros? Este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz de la Buena Nueva.*²

La responsabilidad de los cristianos es aceptar unos valores a los que se llega por la razón, pero que, a su vez, han sido también sellados y convalidados por la fe cristiana. Y vivirlos generosamente, sin tratar de imponerlos, pero dando un testimonio alegre, demostrando que esto es lo que de verdad les hace felices, de tal forma que si un día alguien les preguntase: ¿Y vosotros, por qué hacéis esto?, ojalá sean capaces de responder “Es el Señor quien lo ha hecho, y es una obra admirable a nuestros ojos”.

3.3. *La tarea de los Teólogos*

La tarea de los Teólogos, como la de los cristianos en general, es ser fieles a una doble voz, la de los hombres y la de Dios. Servir, en cierto modo, de puentes para iluminar las causas humanas con la luz de Dios, y tener claro que estamos llamados –dicho con toda humildad- a una vocación profética, no en el sentido que

¹ Victoria Camps – *Virtudes públicas*. Madrid, 1990

² Pablo VI *Evangelii Nuntiandi* – Sobre la evangelización de los pueblos- número 21.

se entiende habitualmente de adivinar el porvenir, sino en el sentido bíblico, en el que el profeta testimonia otros valores en este mundo.

El *Documento de Puebla*, de las Iglesias latinoamericanas (1979), decía que el profeta anuncia y denuncia. Anuncia unos valores por ser humanos y por ser humanizadores, y denuncia unos antivalores precisamente porque no son humanos ni humanizadores. Se nos pide que vivamos esa misión con generosidad, libertad, respeto y alegría, sabiendo que esos valores valen.

Ahora bien, a esas dos palabras de Puebla, “anuncio y denuncia”; yo me atrevo a añadir otra: “renuncia”. Es decir, la coherencia, porque “si anuncio pero no renuncio”, mi anuncio no es creíble. Si “denuncio y no renuncio”, mi denuncia no es respetuosa. Nuestra vocación nos invita a anunciar los valores que nos humanizan y que nos han sido revelados finalmente en la persona y el mensaje de Jesús de Nazaret, denunciando los antivalores humanos y viviendo en esa renuncia que para nosotros se llama “tomar la cruz y seguirle”.

Muchas gracias.

DIÁLOGO

Tenemos que asumir los valores humanos y transformarlos; estar ahí siendo diferentes, que es lo que hicieron los primeros cristianos. En principio, cuando llegaron a Corinto, no podían cambiar las leyes, no podían cambiar la forma de vivir de la gente de la ciudad; y en esa situación, Pablo les dice que traten de vivir allí, pero de forma distinta.

Por tanto, se trata de vivir en este mundo, amando este mundo, y comportándonos de otra forma, de modo que no nos vean como aguafiestas de la humanidad. Si vivimos de otro modo, no es porque no queramos este mundo ni porque no nos interese, sino precisamente porque lo queremos y nos interesa.

Dentro de la ley, sin utilizar bombas, puede haber muchas estrategias para llevar esto a la práctica. Utilizando también los Derechos Humanos, adquirir conciencia de nuestro poder y nuestra dignidad, y en cada caso concreto, luchar por unos valores éticos que realmente sean humanizadores.

En cuanto a si tenemos o no algo que transmitir, en su libro *Jesús de Nazaret*, Benedicto XVI se hace esta misma pregunta: ¿Qué anunciamos? Porque muchos de nuestros valores se encontraban entre los griegos y en el mundo judío. Ahora bien, la novedad del cristianismo es Jesús; anunciamos a Jesús; Él es la norma. Yo digo muchas veces que Pilato dijo mucho más de lo que creía cuando expuso a Jesús delante de la gente y dijo: “*He aquí al hombre*”. Este es el icono. Jesús es la Palabra de Dios, el icono de Dios y el icono del hombre. El Padre nos lo había dicho de muchas maneras, por los profetas, por los santos, por los sabios... pero no acabábamos de entenderlo. Por eso mandó “la maqueta” para que nosotros la copiemos. Jesús es “la maqueta” de lo humano; y es lo que ofrecemos a este mundo, no para deshumanizarlo, sino precisamente para que este mundo sea humano y sea feliz. Lo que ofrecemos es a Jesús, día y noche.

Como decía San Bernardo: “*Nada se canta más suave, nada se oye más alegre, nada se puede pensar más que Jesús, Hijo de Dios. Jesús es como el aceite, que es alimento en la boca, luz en la lámpara y bálsamo en las heridas*”.

Jesús es el Señor y es nuestro hermano. Nosotros creemos que Él, su vida y sus valores, son salvación: eso significa su nombre. Pero tenemos que estar convencidos. ¿Creemos de verdad que Jesús es salvación para este mundo? Porque eso es lo que humildemente ofreceremos.